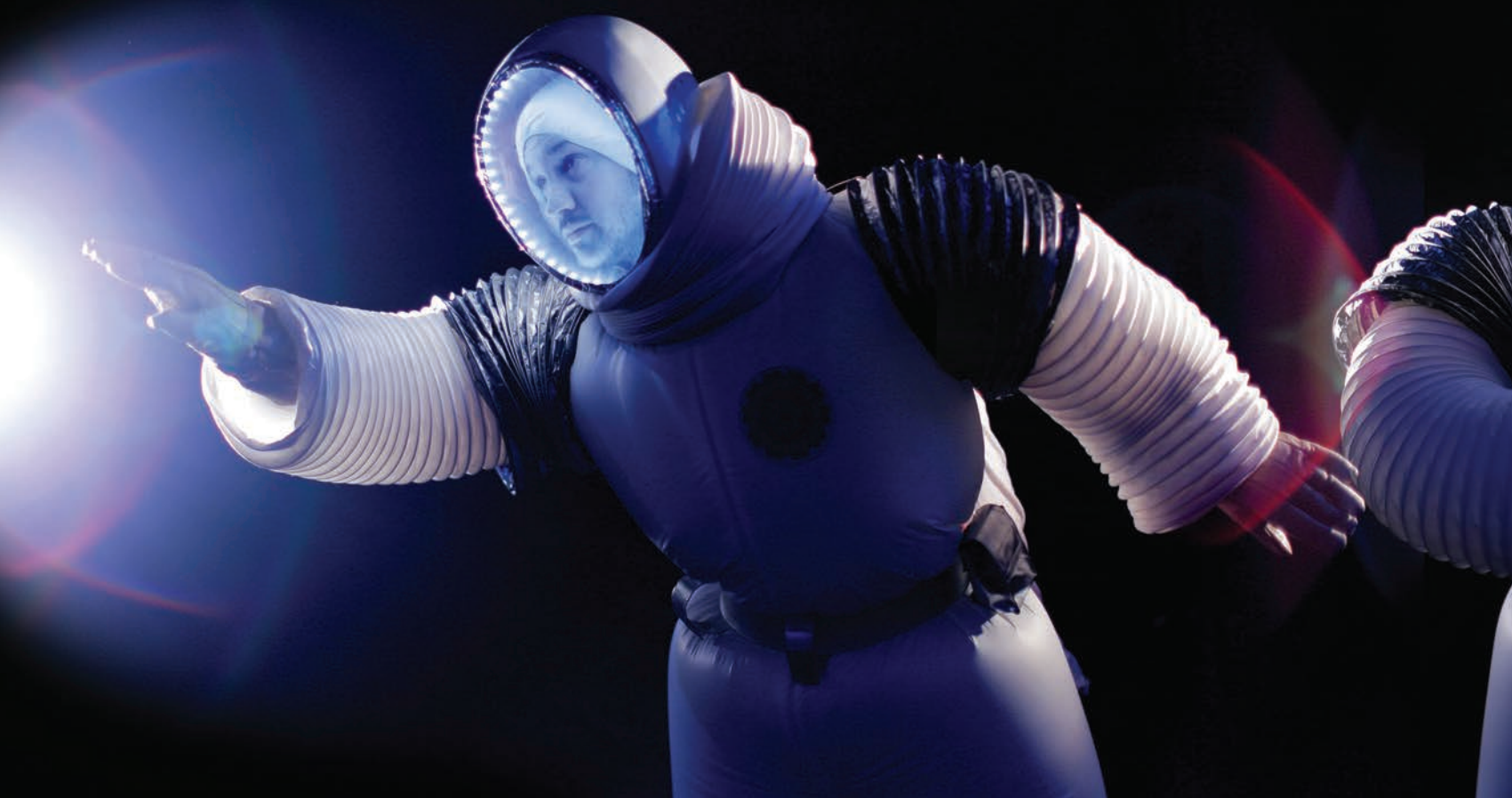


RAYOS LÁSER

POP SIDERAL

POR JULIANA RODRÍGUEZ. FOTOS DE ERNESTO GRASSO Y ROCÍO YACOBONE. En una merienda en el Bar Argentino de Villa María, los integrantes del trío repasan momentos de una carrera veloz y certera y cuentan por qué, en lugar de instalarse en Buenos Aires, eligen vivir y seguir produciendo en la ciudad donde nacieron como banda, al margen de tentaciones y puertas abiertas.



Hubo una época en la que los chicos, cuando soñaban con tener una banda de rock, soñaban con una cadena de metas, postas enlazadas: tocar en un bar pequeño y que entre el público estuviera el productor de una discográfica, que se maravillara con sus temas y les hiciera un contrato de grabación; vender miles de discos, tocar ante una multitud, pegarla, mudarse a Buenos Aires y convertirse en *rock stars* en la gran ciudad. La historia de Rayos Láser no fue por ese camino, aunque llegó al mismo punto. Ellos querían hacer música, empezaron a tocar porque les gustaba y, sin esperar que nadie los descubriera, grabaron su propio disco. Lo repartieron gratis online, la pegaron y tocaron ante multitudes. Pero decidieron que no querían irse a la gran metrópoli. *"Nos quedamos acá"*, dicen ellos. *"Acá"* es Villa María, centro de operaciones de la banda formada por Tomás Ferrero en bajo y voz, y Gustavo Rodríguez y César Sepppey en guitarras. Villa María está a 150 kilómetros de Córdoba que, por la Ruta 9, parecen 500 y por la autopista, apenas un paseo corto. El camino para llegar es llano, con simétricos campos sembrados en los que sobresalen postes de luz coronados con nidos de horneros. En Wikipedia dice, con involuntario sentido poético, que la ciudad está ubicada *"dentro de la llanura pampeana donde no existen plegamientos"*. La información oficial habla de otra *"localidad pujante"*, que produce lácteos, oleaginosas, cereales y que se in-

dustrializó. Quienes nacimos en Villa María, conocemos bien cuáles fueron sus históricas contradicciones y cómo cambió en los últimos años.

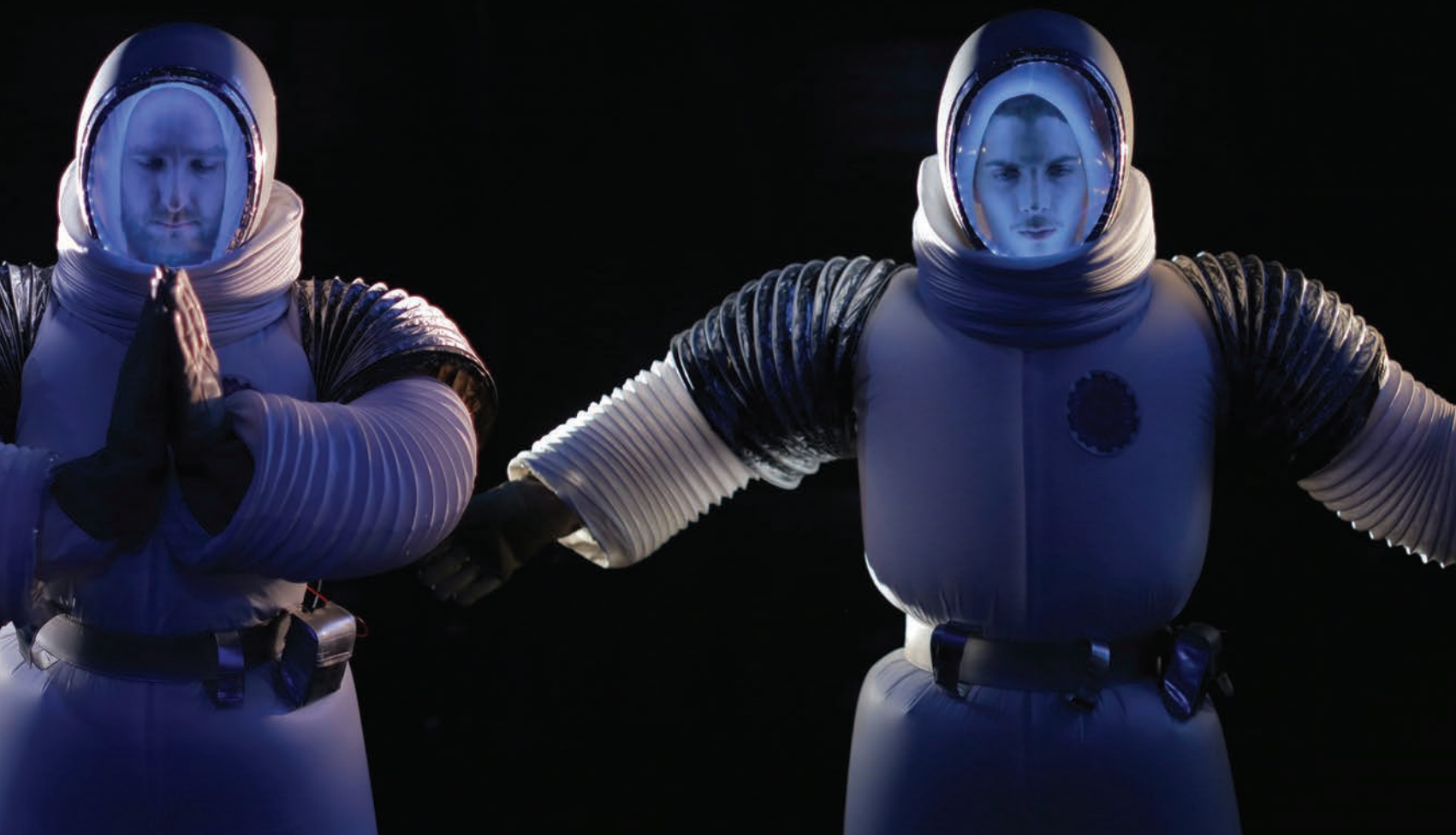
La ciudad está enmarcada por extensos bulevares adornados con palmeras y limitada por el río. En la costanera, pulmón de la villa y paseo obligado del fin de semana, está el anfiteatro donde se realiza hace años el ecléctico Festival de Peñas. También hay un reloj de flores que para algunos es un orgullo y para otros un resabio kitsch. En el área céntrica hay coquetos comercios, confiterías legendarias (como La Madrileña, lugar al que algunos adjudican el mejor chocolate con churros de la galaxia), una plaza enorme y las vías que atraviesan el paisaje y por las que aún pasa el tren. A pesar de ser una ciudad grande, en Villa María se conocen todos, con lo bueno y lo malo que implica: la solidaridad del vecino y, a veces, el estigma social. Villa María siempre fue una pizca conservadora, pero también fue cuna de personas como el educador Antonio Sobral, el inclasificable artista Jorge Bonino o el poeta Alejandro Schmidt.

En la década del 90, para los jóvenes la ciudad tenía sus particularidades: las calles estaban plagadas de adolescentes con motos pero sin casco, las noches estaban definidas por enormes discotecas o bares de moda, y cada tanto la rutina se cortaba con la llegada de Los Redonditos de Ricota, momento en el que la ciudad se desconocía entre miles de chicos desparramados por sus espacios

emblemáticos. Por entonces, la ciudad que crecía parecía achicarse de nuevo cuando al llegar a un bar lo primero que te preguntaban era a qué colegio habías ido (y la respuesta equivalía a una credencial de pertenencia: al Rivadavia o los Trinitarios, dos de los secundarios principales). Pero todo eso empezó a cambiar desde que se creó la Universidad. No solo porque estudiar dejó de ser una chance exclusiva de familias que podían enviar a sus hijos a vivir en Córdoba, sino porque Villa María pasó de exportar jóvenes a la Docta a recibir a otros de zonas cercanas. Chicos que no habían ido a esos secundarios, que no se conocían entre todos. Y ahí empieza la historia de los Rayos Láser.

SE FORMA EL TRIÁNGULO

César es el único nacido y criado en la ciudad. Se relacionó con la música desde chico y formó varias bandas en la escuela. Gustavo, el "Gringo", es de Buchardo, un pueblo en el que se puede pasar *"la mejor infancia y la peor juventud"*. Primero se fue a Córdoba, donde estudió Ingeniería un par de años y empezó a tomar clases de Armonía. Hasta que decidió dedicarse por completo a la música y llegó a Villa María, a estudiar la Licenciatura en Composición Musical con Orientación en Música Popular. En esa misma carrera estaba Tomás, que migraba desde Córdoba. *"Cuando llegué, en 2008, me sentí como cuando a Harry Potter le dicen que es*



mago y llega a Hogwarts. Y ahí encuentra un mundo que no conocía y en el que se sentía bien. Me vine de Córdoba un poco decepcionado por el ambiente musical, que era muy competitivo y para tocar había que hacer covers. Acá la primera banda que vi fue Benigno Lunar y la gente cantaba sus canciones. Eran desconocidos, no salían en la tele, y acá tenían un público que cantaba sus letras", dice Tomás.

EN EL ÁREA CÉNTRICA HAY COQUETOS COMERCIOS, CONFITERÍAS LEGENDARIAS, UNA PLAZA ENORME Y LAS VÍAS QUE ATRAVIESAN EL PAISAJE. A PESAR DE SER UNA CIUDAD GRANDE, EN VILLA MARÍA SE CONOCEN TODOS, CON LO BUENO Y LO MALO QUE IMPLICA.

Los tres narran con naturalidad que todo empezó por las ganas de tocar. Tomás y el Gringo se juntaban a la siesta, había una guitarra dando vueltas y empezaban a jugar. *"En algún momento entramos en confianza para hacer una canción sobre el vaso de Fanta que estábamos tomando. Y de repente nos dimos cuenta de que la música que hacíamos estaba buena y que queríamos*

añadirle un contenido", se acuerda Tomás. Uno de esos días, César estaba ahí, trajo su guitarra, hizo un arreglo y el triángulo láser unió sus vértices.

César cuenta que el gusto no estaba solo en tocar, sino en jugar, registrar esos toques y hacer arreglos de las canciones en esa instancia. El primer tema que grabaron fue "Me persigue", que quedó como apertura del primer disco de la banda. Los acordes de guitarra de esa canción son los de la primera grabación, casi el sonido fundacional del grupo, registrado con un micrófono enchufado a una CPU con Windows 98. *"Quisimos regrabarlo con mejor micrófono y mejor placa y si bien el sonido era superior así, la toma que elegimos fue la primera", aclara César.*

Con la misma naturalidad con la que aparecieron las primeras canciones, tocaron por primera vez. Fue en Mundo, bar clave de la renovada escena musical villamariense, en un festival destinado a recaudar fondos para un músico amigo que tenía problemas de salud. En ese momento eran tres chicos con un par de temas. No tenían nombre de banda. Y para llegar al festival con dignidad se dijeron: *"Nos pongamos un nombre cualquiera y ensayemos un par de veces para*





sonar más o menos bien". De la lista de ideas rápidas, el nombre que menos les disgustaba era Rayos Láser. En todo caso, podían cambiarlo después. *"Pero ese nombre empezó a encajar con la onda, las canciones y la estética. Incluso empezó a inspirar las letras. Lo fuimos llenando de significado"*, dice César.

Y así, como quien no quiere la cosa o al menos no la planeó con mucha conciencia, nació la banda que en apenas cuatro años, dos discos y recitales varios logró a la velocidad del rayo lo que a otros grupos les llevó décadas.

CANCIÓN SIMPLE

La charla con el tríptico láser es en el bar El Argentino, templo legendario ubicado en la misma esquina de Villa María desde edades improbables. Es un día de semana, plena siesta, y más de una vez pasa un grupo de chicos que saluda a la banda desde lejos, apenas con la mano arriba y las cejas levantadas, como se saluda en el interior de la provincia. El Gringo cada un par de minutos se acomoda el pelo larguísimo en un tic, César se toma su tiempo para responder pero lo hace siempre con voz tranquila y mirada de absoluta atención, y Tomás toma un li-

cuado de frutilla en una copa enorme como un grial. Si en los shows y las sesiones de fotos los Láser tienen una cuidada estética (camisas estridentes, atuendos engamados), verlos de civil es otra cosa: sweaters a rombos, remeras comunes, un abrigo que corta el viento helado de la zona.

Hablan del primer disco. Se acuerdan de cómo fueron surgiendo las canciones, de la grabación casera, de cómo cortaron y pegaron a mano las ediciones físicas, de cómo fueron varias veces a la imprenta local a pre-

EL NOMBRE QUE MENOS LES DISGUSTABA ERA RAYOS LÁSER. EN TODO CASO, PODÍAN CAMBIARLO DESPUÉS. "PERO ESE NOMBRE EMPEZÓ A ENCAJAR CON LA ONDA, LAS CANCIONES Y LA ESTÉTICA. INCLUSO EMPEZÓ A INSPIRAR LAS LETRAS. LO FUIMOS LLENANDO DE SIGNIFICADO", DICE CÉSAR SEPPEY.

guntar: *"¿Y? ¿Ya está?"*. De cuando lo subieron al sitio del sello Discos del Bosque, que crearon junto a otros grupos como Hipnótica y De la Rivera. *"Habíamos hecho un disco casi sin querer y a la gente le gustaba. No lo replaneamos, no nos costó una bocha, surgió muy natural"*, dice el Gringo. Si hay una

letra de los bellos tracks de ese trabajo que pone luz a los orígenes de Rayos Láser es la de "Canción simple", que dice: *"Canción simple en el viento/ Encontrándonos en este momento/ Sólo para expresar lo que siento en realidad/ Un tiempo en la eternidad/ Una noche con amigos/ Vale más que todo el oro para mí"*.

En un par de meses de 2012, ese disco llamado como la banda empezó a rodar. Tomás, el Gringo y César superponen voces para ir contando en voz alta cómo se abrieron las primeras puertas y ventanas con

su versión física en unas cien primeras copias caseras, tamaño vinilo; y más tarde, fue editado por PopArt, compañía que se encargó de hacer copias y difusión. *"Firmamos un contrato con ellos y el requisito que pusimos fue seguir subiendo gratis nuestras obras a Discos del Bosque, como siempre. No hubo drama con eso"*, aclara el Gringo.

Empezaron a recibir mails de oyentes que mutaron a fans; críticas y notas en la prensa que los pusieron en órbita; sonaron en la tele, como parte de la musicalización de *Solamente vos*, la novela del momento con Natalia Oreiro. Y esas postas que ellos dicen no haber buscado nunca, llegaron igual: en 2012 tocaron en el escenario principal del Pepsi Music, telonearon a Keane en el Luna Park, abrieron escenario para Jonas Brothers en un show multitudinario en el Parque Sarmiento de Córdoba y grabaron improvisadamente un EP acústico en los estudios del productor Tweety González. *"Fue nuestra primera experiencia en un estudio de verdad, nuestro primer encuentro con el sonido posta. Se armó una linda amistad con Tweety, comimos un asado con este tipo tan importante en el rock nacional"*, se acuerda Tomás.

ASÍ, COMO QUIEN NO QUIERE LA COSA O AL MENOS NO LA PLANEÓ CON MUCHA CONCIENCIA, NACIÓ LA BANDA QUE EN APENAS CUATRO AÑOS, DOS DISCOS Y RECITALES VARIOS LOGRÓ A LA VELOCIDAD DEL RAYO LO QUE A OTROS GRUPOS LES LLEVÓ DÉCADAS.

la bendición de Leo García y el apoyo de PopArt, sello clave del pop rock nacional, cuyo presidente, Roberto Costa, les descorrió el telón a la escena porteña.

Ese disco primero vio la luz para la descarga gratuita en Discos del Bosque, después tuvo





VILLA LUNA

En esos momentos, una de las icónicas revistas nacionales de rock publicaba un texto sobre los Rayos Láser, y hablaba de la comunidad en la que vivían, “Villa Luna”, localidad ubicada “en medio de las sierras”. El error de la prensa, que habla de cómo construye cada cual la imagen mental de los sitios que no conoce, es en principio una anécdota divertida para ellos.

Pero la confusión también sirve para pensar en esa “comarca láser” construida sobre los suaves sonidos pop de la banda.

Esa idea lleva directamente al nombre y arte de tapa del segundo disco, llamado *Villa Nueva*. Si bien el título alude, para los que conocen la zona, a la ciudad que queda “al frente de Villa María”, apenas cruzando el río, la poderosa imagen de la tapa creada por Iván Pierotti transfigura la alusión, la ficcionaliza. En

la tapa se ve un paisaje de colores cálidos, con una luna desmesurada en el firmamento, que podría ser una escena bucólica de *El señor de los anillos* o una pintura surrealista. En el centro, un tren moderno llega desde una lejana ciudad y le da un toque de ciencia ficción al conjunto. Todas las miradas señalan al Gringo a la hora de explicar ese concepto sonoro y visual. Con el mismo tono austero y bajito que usa durante toda la charla, él aclara: “Villa y Nueva son dos palabras más grandes que un nombre propio. Las dos ideas juntas suman: una villa con una comunidad de gente que tira para adelante y busca algo nuevo, fresco”. César completa con la idea de que ese lugar nuevo tiene gente cómoda donde está, en armonía.

Villa Nueva comienza con la canción “Con amor”, que se desliza en un *groove* de expansivo afecto en tiempos de mera afectación. Simple como todos los gestos de la banda,

el tema destaca la voz gentil de Tomás y las guitarras de César y el Gringo. Suena también como una fuerte marca de identidad un teclado Casio que se repite en todos los temas y que le valió al disco el adjetivo de “ochentoso”, que ellos prefieren matizar.

Dos tracks después, “Fascinación” pone en duda qué es amor y qué es un mero cortocircuito, un “sí pero no”, como lo describe Tomás, con toques spinetteanos. Hay espacio para un hit como “Llamame”, que en plena época de aparatos e interfaces tecnológicas para comunicarse vuelve a darle valor a la voz humana con un estribillo en el que Tomás clama “Llamame, por favor” (“Ok, pasame tu número”, le respondió una fan cuando postearon el clip de la canción en su *fanpage* de Facebook). Y también hay temas que toman otro camino, diferente para los Láser, como “Aeronauta”, que, como marca César, escapa al estribillo y elige un puente musical.

51

DEJÁ QUE EL RAYO TE CONOZCA

Hay un viejo adagio que asegura que a los ídolos no hay que conocerlos en persona para así evitar decepciones. En mi caso, los Rayos son la sagrada excepción a ese refrán, y me atrevo a afirmar que muchos de los que han estado con ellos alguna vez pueden decir lo mismo. Aunque el nombre de la banda remita al espacio exterior, ellos siempre tuvieron los pies sobre la Tierra. Sus canciones sonaron en el *prime time* de telenovelas costumbristas, han aparecido en la CNN, en la Rolling Stone y otros medios grandes, pero el Tomy, César y el Gringo siguen siendo los mismos tipos que grabaron un disco en una casa de Villa Nueva durante algunos días del 2011, sin más propósito que dejar registro de la música que salía de sus cabezas y corazones.

Desde la primera vez que las escuché, supe que esas canciones me iban a acompañar para siempre. Sonaban frescas, unían el pop contemporáneo con la tradición del rock argentino y eso les daba un barniz atemporal. Me hice fan automáticamente y cuando los conocí corroboré mis sospechas: escuchábamos los mismos discos, habíamos visto las mismas películas y series de televisión, en nuestra discoteca mental *Kamikaze* y *80s & Heartbreak* estaban demasiado cerca. Nos volvimos grandes amigos. Los he acompañado a shows, entrevistas, reuniones, a las oficinas kafkianas de

SADAIC; estuvimos a metros de Ringo Starr, vimos jugar al fútbol a los Jonas Brothers en un *backstage* y descubrimos que son tan humanos como cualquiera de nosotros.

Fuera de todo cholulismo, los mejores momentos que compartí con los Rayos han sido los más cotidianos, desde una cerveza en el Dadá Mini o el Limón (mítico barsucho a la vera del río villamarriense) hasta las guitarreadas con la familia de Discos del Bosque. Y acá entran en escena otros personajes (De La Rivera, el Juli y el Iván, los Hipnótica, los Tavos, la Cande, el Juan, el Fran y un montón más) que han sido fundamentales en esta historia, una época muy linda para la música de Córdoba. Cada uno de ellos aportó lo suyo para generar cosas. Puede que hoy la situación haya cambiado un poco, pero lo que se mantiene inalterable son las ganas, ese fuego que alimenta ideas nuevas.

Estoy seguro de que los Rayos Láser llegarán lejos, pero eso no los va a hacer cambiar. En todo caso es al revés, van a cambiar a quienes los descubran, como pasó conmigo: desde que los conozco, tengo la vida transformada.

JOSÉ HEINZ
PERIODISTA

NO ME VOY, ME QUEDO AQUÍ

Claro que en estos años la propuesta de instalarse en Buenos Aires llegó como una manzana de la tentación. Y si bien Tomás hizo excursiones con la idea de ver qué pasaba si amanecía en la gran ciudad todos los días, decidió volver. No hay nada que las redes sociales, Internet y una noche en colectivo no puedan resolver. No hay distancia que acortar, dicen ellos, simplemente porque la balanza entre trabajo y calidad de vida se inclina por la segunda opción.

Eso no significa que para la banda vivir de la música en Villa María sea fácil (*"sobrevivimos, más bien"*, dicen), ni que la ciudad sea esa comarca paradisíaca de la tapa del disco. Apuntan que hay una efervescencia musical de bandas de todos los géneros, del folklore al metal, pero que siguen existiendo apenas un par de epicentros para tocar. Que el público aún cultiva un perfil *"más bolichero"* que melómano y que el apoyo municipal llega poco y tarde. Pero se quedan.

Villa María es uno de esos lugares en los que cuando le preguntás a alguien cómo anda, responde: *"Bien, por lo menos"*. Y ese "por lo menos", acompañado por un encogimiento de hombros, no es una resignación, sino una aceptación optimista. Quizás algo en esa actitud sea lo que convence a la banda de quedarse acá. César apunta que mudarse a Córdoba, en su caso, no hace una diferencia, y que instalarse en Buenos Aires implicaría dejar muchas cosas en pos de una carrera profesional. Enseguida se suma el Gringo: *"En realidad, de un aspecto solo de la carrera profesional. Si vos vivís mal, si no la pasás bien, tu carrera va a notar eso"*.

Vivir bien, para ellos, significa varias cosas. Que César el domingo pueda ir a tomar mates a la costanera con su novia. Que estén a 15 minutos el uno del otro. Que cada tanto puedan ir a Polaroid, otro bar clave en la vitalidad cultural de la ciudad, donde participan en "la batalla de la rima" e improvisan rapeando consignas que aporta el público. Que cada uno pueda continuar con sus otros proyectos musicales. Que el Cristo a la vera del río siga estando ahí para pasar la tarde.

Tomás, tras un sorbo de licuado, dice: *"El plan es vivir acá porque es el mejor lugar del mundo. Estamos cerca los tres, hay río, es tranquilo. Vamos a Buenos Aires cuando tenemos que ir, volvemos cuando queremos volver. Nada más simple y más lindo"*. 🔊

52

EN VILLA MARÍA Y EL MUNDO

Conocí a los chicos de Rayos Láser a través de Julián Lona, director de cine, cuando estábamos por hacer un clip. Íbamos de viaje juntos, escuché el disco en el auto y me encantó. Yo en ese momento estaba trabajando con el proyecto de Geiser (subsello de PopArt), me la pasaba escuchando muchos discos y llevé el de los Rayos a una reunión de la compañía. Después me comuniqué con ellos por Facebook. Y los vi personalmente cuando vinieron a editar. Así de rápido fue todo y esa es la mano que les pude dar.

Rayos Láser tiene, sobre todo, un contenido compositivo muy bueno. Hacen la diferencia con muy buenas canciones pop y tienen un toque nostálgico del rock argentino que, a los que amamos la música nacional, nos gusta. Tienen dulzura, ternura, romanticismo y hacen honor a las buenas canciones de nuestro rock. Eso es lo que sobresale: su calidad compositiva.

Y lograron lo que lograron estando en Villa María. Son reflejo de la época en la que vivimos, de la virtualidad y la conexión. El ejemplo de que no hacía falta ser una banda de Buenos Aires para tener impacto en la gente y lograr difusión. Están en Villa María y están en el mundo. Van a crecer más, lograron mucho en poco tiempo. Se puede hacer todo desde casa y ellos tuvieron eso en claro para seguir creciendo.

Durante años, el rock nacional no salía de Buenos Aires. Era raro que de las provincias llegara algo a Capital. El rock nacional tenía eso. Los Rayos Láser son de Córdoba, pero dan cuenta de que somos argentinos. Necesitamos música en castellano y ellos cumplen esa misión. Está de más aclarar de dónde vienen. Son de Argentina, de habla hispana y eso acorta las distancias.

LEO GARCÍA



Tripledoblevé:
rayoslaser.bandcamp.com